

EDUCACION 80: BALANCE Y PERSPECTIVAS



Por
FERNANDO PARIENTE

**Muchos problemas
en un solo año**

Si yo fuera ministro...

CERRAMOS, con este mes, un largo año para la docencia. A veces el tiempo se hace corto, encoge ante nuestros ojos, porque hay muchos objetivos que alcanzar... y la dinámica de las cosas marcha... y los resultados nos empujan, tiran de nosotros hacia adelante... y se consiguen nuevas metas. Pero también ocurre, por desgracia, que otras veces el tiempo se hace largo... se estira delante de nosotros, porque la monotonía empapa todos y cada uno de los poros de nuestra actividad... y los estímulos se ajan... y la perspectiva del horizonte se nubla... y uno se cierra y se encierra en la repetición de los mismos comportamientos, en agarrarse a las seguridades de lo que tiene.

Tengo la impresión de que este año ha sido uno de esos largos, larguísimos años. Gabriel García Márquez diría que la lluvia sobre Macondo duró 4 años, 11 meses y 2 días, y yo me sentiría tentado a seguirle el hilo y a afirmar que estos doce meses de todas las crisis han durado trescientas sesenta y cinco mil semanas.

Muchos problemas en un solo año

DE ellos nos quedará como recuerdo esa Ley Orgánica de Centros Escolares a la que en un principio se llamó Estatuto de Centros Docentes. Los interminables debates que precedieron a su aprobación por las Cortes son ya historia, los enfrentamientos ideológicos, sin embargo, no lo son todavía. Uno se pregunta si en esta situación llegará un día en que comience a hacerse efectiva, o si, simplemente, se quedará aparcada, porque lo importante era aprobarla y con eso el Gobierno quedó ya agotado. De cualquier forma, me temo que los fuegos artificiales de tanta discusión hayan terminado por desorientar al «personal» y aburrirle. A ello sería necesario añadir la problemática que tales circunstancias y otras nos depararon el curso pasado: un clima de conflictividad casi permanente en el que vivieron muchos centros escolares, con paros y huelgas sucesivos, unas veces de profesores de una categoría, otras de profesores de otra y finalmente de los propios alumnos; el deterioro consecuente de la calidad de la enseñanza; la sensación muy extendida de que los resultados formativos que se consiguen son cada vez más bajos; la clara situación de discriminación económica en que viven los profesionales de la docencia en estos niveles (yo me atrevería a afirmar que

una parte del sector docente es el peor retribuido, proporcionalmente, del país); las dificultades económicas que amenazan a los centros sostenidos por la iniciativa privada, poniendo en contingencia su misma subsistencia; el clima, en fin, de crisis que cubre como una mancha de aceite el mundo educativo y le inmoviliza e impide todo avance real.

Hojeando las revistas extranjeras educativas es fácil toparse con estudios, planes, previsiones sobre lo que será la educación de la década de los 80; existe una perspectiva de futuro, unas metas y unas ilusiones. Aquí es difícil encontrar nada parecido; el techo de nuestro horizonte parece ser, simplemente, el subsistir.

Con el otoño llegó el curso nuevo y el proceso de cambio debería haberse puesto en marcha... Pero, al principio, no sabíamos muy bien lo que deberíamos hacer, lo mejor era, entonces, esperar... Después pasó setiembre, octubre, noviembre, diciembre... El Ministerio del ramo permaneció mudo al respecto: ninguna orden que haya servido para poner en marcha el mecanismo. Así que no es de extrañar que el año nos haya resultado a todos largo, larguísimo, contemplando tan dilatado «parto de los montes».

Si yo fuera ministro...

PERO vamos a echar pelillos a la mar y animarnos: «año nuevo, vida nueva». Es, pues, ahora el momento de rejuvenecer los objetivos, reverdecir los impetus y renovar las ilusiones. ¿Por dónde comenzamos a borrar fantasmas?

Puesto a hacer un esfuerzo de imaginación, cambio toda mi ambientación psicológica, me olvido del frío y del día invernal, cierro los ojos y presiono mis estímulos segregadores de optimismo vital.

Poco a poco supero el bache y me sube por todo el espíritu la marea azul, como una nube radiante, de la esperanza: «¡Todo es posible, todo es factible; puedo comerme el mundo, si me lo propongo...!» ¿Por dónde comienzo?

Una melodía se abre paso, de pronto, en mi cabeza: «If I were a richman...» (Si yo fuera rico...) Y la asociación de ideas inmediata, un mucho ególatra: «si yo fuera ministro...» ¿Qué haría si yo fuera ministro? ¿Por dónde comenzaría? ¿Cuál sería la primera decisión?

Puesto ya en ministro y sentado en la poltrona, lo más prudente me parecería enfocar, por fin, ese asunto de la enseñanza estatal.

¿Qué tal si pongo en marcha un plan de descentralización de toda esta ingente máquina de burocracia? Pongamos por caso co-

menzar por una Ley de Autonomía (un Estatuto me daría lo mismo) para los centros estatales de Enseñanza General Básica, B.U.P. y Formación Profesional. Algo que les permitiera, desde luego, contratar libremente profesores, organizar la vida escolar con arreglo a sus objetivos particulares y a sus necesidades, regirse por sus propios estatutos y normas, encarnarse verdaderamente en el medio social en que se encuentren...

—«¡No!... —el prudente censor que llevo siempre agazapado dentro salta en seguida, con su dedo en ristre, para advertirme—. No puede ser; se te echarán encima todos los defensores de la uniformidad y el orden. ¿A dónde iríamos a parar? ¡Qué galimatías! ¡Cada escuela yéndose por sus fueros y saliéndose por los cerros de Ubeda!... ¡Tantos planes como directores! ¡Imposible!»

—Bueno —arguyo, sin dejarme quemar a la primera—, pero al menos se podría conseguir mayor flexibilidad de contratación: creo que para tener equipos docentes adecuados hay que tener libertad, por lo menos, para contratar a las personas que parezcan más idóneas como jefes de los Departamentos Didácticos...

—Pero, ¿qué dices, inocente? ¿Y los escalafones? —me gruñe mi particular censor—. Eso te podría obligar a elegir a un agregado y... ¿cómo va a ser un agregado más que un Catedrático, en nada?

—Entonces, podría conformarme con que los profesores tuviesen la suficiente estabilidad para dar cierta perspectiva y continuidad al esfuerzo que van haciendo los alumnos a lo largo de tantos años de formación.

—¿Qué dices? —vuelve a reprocharme—. Eso raya en la crueldad mental. ¿Te crees que la gente se va a quedar para siempre en el primer pueblo que le toca? Pero, hombre, tiene que ir saltando de oca en oca hasta lograr acercarse al sitio donde tiene sus raíces.

Me concentraré entonces en conseguir una retribución más digna para el profesorado —me digo, cambiando de tercio en vista de las circunstancias—. La respuesta ahora es sarcástica.

—¡Allá tú! Vete informando al Ministerio de Hacienda... Verás qué fácil es mover los Presupuestos Generales del Estado.

—Lucharé por conseguir la igualdad de oportunidades para todos. Apecharé con subvencionar eficazmente los centros privados.

—Se te echará encima toda la izquierda pensante. Ajústate bien los machos, si quieres durar en el cargo.

—Bueno —me digo al fin, con resignación—, mejor será que abandone esta absurda idea de ser ministro. ■